

XI

Me equivocaba, sin embargo, la señora de Blangy, á quien me decidí, por fin, un día á tomar por confidente, se manifestó muy buena para conmigo. Me permitió que la contase de la manera más completa mis infortunios, y no consintió que me olvidase ni de un solo detalle. Lejos de parecer cansarse con mis relatos, parecía escucharlos con agrado y, hasta cierto punto, comp'acerla y, cuando hube terminado, me dijo:

—Estaba un poco prevenida en contra vuestra, pero ahora me sois sumamente simpático.

Di á estas palabras una sencilla explicación: — Amiga íntima de mi mujer, — me dije: — la señora de Blangy habrá podido temer que Paula no trasladase á mí todo el cariño que antes le tenía. Mis confidencias la han iluminado; ella vé bién que yo no soy amado; que Paula dice la verdad cuando dice que la ama siempre y, desapareciendo sus celos, me vuelve su estimación.

Dióme de ella buena prueba, investigando conmigo los motivos que pudieron haberme enajenado el cariño de mi mujer. No encontró ninguno.

Buscamos también un medio hábil que me permitiera sa-

lir de la falsa posición en que me encontraba; pero á pesar de todo su talento, la señora de Blangy no imaginó ninguno. Sin embargo, viome tan desolado, tan abatido, que tuvo piedad de mí y concluyó por decirme:

—Me ausento de París por tres días, pues tengo que marchar al Havre, donde me llaman asuntos de familia. Si consentís en confiarme vuestra mujer, pasaré todo mi tiempo en predicarla que tenga sentimientos mejores, y que aprenda á amaros.

Acepté con reconocimiento y apresurame á noticiarlo á Paula invitándola á que dispusiese su equipaje con prontitud. La idea de este viage pareció agradarla mucho y fue-se á casa de su amiga para fijar de acuerdo con ella el día de la partida. Esta tuvo lugar al día siguiente y yo acompañé á las dos viajeras hasta la estación de la calle de Amsterdam.

—Tengo buenas esperanzas — me dijo la señora de Blangy estrechándome la mano en el momento de subir al vagón. — Yo os la devolveré cambiada completamente.

Pero no fué así: el viaje no produjo ningún cambio en mi situación, pero tengo motivos para creer por cierta alteración en los modales de Paula, que señora de Blangy había cumplido su palabra, y que ella había predicado, atormentado á mi mujer, con motivo de mi triste asunto, mas, estaba escrito que nada triunfaría de aquel indomable carácter.

*
* *

Fué este el tiempo, mi caro amigo, en que irritado enervado, enfermo, dí libre curso á las tiranías de que os he hablado.

En tanto que tuve alguna esperanza, procuraba contenerme, á pesar de mis crisis nerviosas y mi dolencia real. No quería cometer ninguna falta por mi parte, y, si no tenía para con Paula todas las atenciones de un marido amoroso y amado, en cambio, no podía tener motivo de verdadera queja contra mí: disponía de su tiempo á su capricho, visitaba las personas que quería, yo mismo le procuraba buen número de distracciones, y, más de una vez, le había ofrecido algún regalo,

Pero ahora cambió todo. Rehusaba acompañarla cuando quería salir; pretextaba negocios los días que me parecía que tenía deseos de acudir á un concierto ó teatro; no la conducía á ningún salón, y cerré mi puerta á las visitas.

Llegué hasta meterme en las desamparas.

En fin, ¿que queréis? ya no sabía que imaginar.

¡Después de tratar inutilmente ganarla por el amor, probé de rendirla por el hambre!

Paula (debo hacerle esta justicia) no se quejó nunca de mi proceder; no se le escapó ni un reproche, ni una observación. Parecía haberse hecho un deber de estar tan sumisa algunas veces, como estaba altanera otras. Tenía conciencia, sin duda, de sus yerros contra mí y quería expiarlos por la igualdad de su humor y los encantos de su talento, siempre sereno, siempre amable.

Los celos mismos, no hicieron presa sobre esta implacable serenidad. ¡Sí, los celos! Por que desesperado de mi causa, quise volver celosa á Paula.

¡Estais loco!—me diréis. Estamos enteramente de acuerdo. Casado, tomé una querida, una querida con título, yo que siendo soltero; solo tuve algún *lió* (si les puedo llamar así) de lo más pasajero y misterioso que darse puede. Tuve que soportar pues, que una famosa entretenida, ó quién todo París conocía, se dignase corresponderme. Se lo supliqué encarecidamente. Hacia que me escribiese á mi casa y le mandaba mis cartas por un doméstico. Pagué un día,

de sobremesa y delante de Paula una cuenta de seis mil francos por un par de pendientes con brillantes, que regalé días antes á la señorita X... En fin, amigo mío, llegué á dormir fuera de casa.

Observareis acerca de este particular, que mi mujer no podía fijarse en esta última maniobra. Perdonad; procuraba volver lo bastante tarde posible, con tanto ruido, que toda la casa se enteró de mi inmoralidad. Resulté un cínico. ¡yo!

Creeréis que Paula, desde el día de mis bruscos modales, hacia algo parasignificar su resentimiento. Nada de eso; jamás estuvo tan amable y complaciente y tanto como ella ganaba en mansedumbre, más me empeñaba yo en incomodarla, en excitarla, en intentar de cualquier manera sacarla de su apatía.

Creí encontrar un medio de desagradarla y obligarla, pensaba yo, á pedirme treguas: consistía este separarla de su querida amiga la señora de Blangy, en casa de la cual, después que yo afecté despreocuparla, pasaba todas las tardes y casi todas las veladas.

Un día, en el momento que ella se preparaba á salir, la interpele diciendo:

—¿Dónde vais?

—Como de costumbre, un momento á casa de mi madre, y luego á casa de Berta.

—Me parece que vais demasiado á casa de la señora de Blangy.

Volvióse vivamente y respondiome:

—¿Y por qué?

—Porque...

Buscaba alguna excusa no sabiendo que decir.

—Porque—continué— la sociedad de la condesa no os conviene en modo alguno; es demasiado... mundana para vos.

—¡Berta mundana! Apenas recibe visitas, devuelve las menos posibles, y jamás vá á las *soirees*.

—Evidentemente. Ella no se encontraría á gusto en los salones; su posición de mujer divorciada, de casada... que no lo és, le crea un posición difícil.

—¿No sabe todo el mundo que la culpa es de su marido?

—No; muchos lo dudan; yo, por ejemplo. La experiencia me ha demostrado, que en ciertas desavenencias domésticas, las primeras faltas provienen de la mujer. Lo he reflexionado con madurez, la amistad de la señora de Blangy, puede perjudicar á una joven como vos, una doncella, digámoslo así.

—Os habeis tomado bastante tiempo para observarlo —dijo Paula sin tener en cuenta mis alusiones.

—Quizás me hubiese pasado inadvertido, sin vuestra cruel conducta para conmigo.

No se dignó fijarse en esta última y directa alusión.

—Creía—dijo—que la condesa era vuestra amiga.

—Lo es mucho vuestra, para que pueda serlo mía

—Lo que no os ha impedido pedirle algún favor especial.

—No me lo ha hecho.

—No dependía de ella.

—Tanto peor. Una mujer de su experiencia, de su edad, y posición, debía tener más influencia sobre vos.

—Tiene mucha.

—Entonces la emplea mal, y dejenera en dañosa.

Decididamente, quería conmover á Paula, por la primera vez me salía bien. A cada réplica suya, crecía mi valor. Podía creer que había yo tocado la cuerda sensible; su amistad por la señora de Blangy su temor de perderla, quizás la obligarian á capitular.

Al cabo de un rato, interpele:

—¿Y que consecuencia sacáis de todo lo que me habeis indicado?

—¡Oh!—contesté decidido á dar el golpe bruscamente

—una consecuencia muy sencilla, no vereis más á la condesa.

—¿De veras?

—De veras.

—¿Y si no quiero obedeceros?

—Os obligaré á ello.

—¿De que manera.

—Sencillamente: lo primero será dar orden á mis criados que no reciban á la señora de Blangy, y, ellos me obedecerán.

—No lo dudo. Pere si no la veo aquí, puedo verla su casa.

—Error.

—¿Pretendeis tenerme presa acaso?

—Ni soñarlo.

—¿Entonces...?

—Iré simplemente, á casa de la condesa y la diré: Os ruego, señora, que ceseis toda relación con mi muger.

—¿Y si rehusa?

—No puede rehusar. Su posición de mujer divorciada la obliga á grandes miramientos. No ignora tampoco que no tardaría en ser blanco de la opinion pública, si se trasluciese que, contra la voluntad del marido, continua recibiendo en su casa, á una mujer casada. En la buena sociedad existen ciertos usos y leyes de las que nadie puede sustraerse, sopena de caer en espantoso ridículo.

Paula comprendió, sin duda, la justicia de mis razones y guardó silencio.

Rompióle al cabo de un buen rato para decirme:

—¿Puedo, por lo menos, hacer mi última visita á la señora de Blangy, para comunicarla vuestra voluntad y expresarla mi sentimiento por esta separación?

—¡Ya lo creo!—la dije conmovido á mi pesar por su su misión.

Quando se marchó, pensé que esta solo era aparente. Paula, sin duda alguna, iba á consultar con la condesa, para

encontrar el medio de hacerme cambiar de determinación. ¿Y que me importaba? Estaba decidido á no desmayar, á ser inexorable; tan inexorable como se era conmigo.

Pero me equivoqué también. Paula no me habló de la señora de Blangy; esta no hizo ninguna tentativa para que yo le devolviese su amiga, no me escribió siquiera, como yo esperaba, para reprocharme mi conducta, ni tuve necesidad de impedirle la entrada en mi casa, porque no se acercó á ella. En cuanto á Paula tuve pruebas palmarias que tampoco iba á casa de la condesa. En efecto, la señora de Blangy vivía en nuestra misma calle, casi en frente de nosotros y, cuando mi mujer salía, yo, oculto tras las persianas, seguía con los ojos, y hube de convencerme que pasaba por delante de la casa de la condesa sin entrar en ella.

—Esta situación—me dije yo—no puede prolongarse; las dos son demasiado orgullosas para rogarme las vuelva á unir en su amistad. Ambas cuentan para eso, con el tiempo, con la reflexión, con mi amor, para que yo lo conceda tácitamente; pero, cuando conozcan que no deben contar con nada de eso... Entonces...

¡Pero que pobre hombre era yo! ¡Gastar tanta imaginación y tanto tiempo con una mujer que no me quería!

Jamás mis pobres nervios estuvieron tan solo de excitados como en aquella época. Jamás el tirano de los deseos fué tan vivo conmigo.

Y creo, yo, que era esto el resultado lógico de mis relaciones con la señorita X...; al lado de la mujer que uno no ama se, sueña siempre con la mujer amada. Se la vé; se la oye y acaba uno por exclamar: ¡Es ella!

La cabeza se exalta, y, la que debía curaros de vuestro amor hacía otra, no hace otra cosa que aumentarlo.

XII

El tiempo transcurría, y Paula había recobrado toda su placidez. Parecía haber olvidado á la condesa de Blangy; pero sobre todo continuaba olvidando que era mi mujer. Sin embargo, yo esperaba; siempre esperaba.

Contaba con mi tiranía, la especie de reclusión en que la hacía vivir, y el deseo, que, sin duda, tendría mi mujer de ver á su mejor amiga.

Bien pronto tuve una decepción; hé aquí como. Concluíamos un día de almorzar. Mientras yo pasaba una ojeada sobre los periódicos, fuese Paula á su gabinete tocador. Salió de allí; sobria de adornos; una manteleta sobre las espaldas y un sencillo sombrero sobre sus negros cabellos.

Díjome:

—Voy á hacer algunas compras: de paso subiré á saludar á mi madre; ¿tenéis algo que mandarme?

—No,—respondí,—os doy las gracias.

—Hasta luego, pues.

Y salió.

Cuando oí el golpe de la puerta, corrí á mi habitual ob-

servatorio, tras las persianas de mi despacho, convertido, por mi desgracia, mi alcoba de soltero.

Debo confesar que metomaba un trabajo inútil con aquel espionaje. Paula, hacía dos meses, pasaba por frente de la casa de la condesa sin detenerse y sin siquiera levantar los ojos hacia los balcones de su amiga; aquella tarde no había ninguna razón para que variase de costumbre.

Pronto la divisé sobre la acera, á vista de pájaro, siguiendo la dirección del *boulevard*. Me enajené contemplándola; sus cabellos, sujetos por detrás con una tenue redecilla, tomaban, á los rayos del sol, reflejos resplandecientes. Algunas veces, para evitar cualquier obstáculo, levantaba castamente los bajos, y aparecían sus preciosos piececitos y el nacimiento de una adorable pantorrilla. No caminaba; ondulaba, por decirlo así, sus espaldas, su talle, sus piernas, parecían rodar de derecha á izquierda. Estaba voluptuosa en cuanto cabe. De pronto me asaltó una idea.

—Si la sigo,—díjeme,—la podré ver más tiempo.

Yo os juro, mi querido amigo, que no obedeció aquel pensamiento, á ninguno de celos; estaba encantado y quería seguir el encanto de la vista; hélo aquí todo. Olvidaba que seguía á mi mujer, cosa, por otra parte, muy fácil de olvidar. Bajé precipitadamente las escaleras. Estaba seguro de encontrarla; pues la calle de Caumartin es larga y tiene muy pocas laterales.

No había aún dado veinte pasos en la dirección de los boulevares, cuando divisé delante de mí, á lo lejos, mis pies menudos, mi pierna torneada, mis cabellos negros y mis espaldas esculturales!

Todo esto continuaba ondulando y yo seguía las ondulaciones.

Llegada al extremo de la calle de Caumartin, y, antes de atravesar la calle Basse-du-Rempart, Paula pareció consultarse. ¿Se dirigiría del lado de la Magdalena ó de la Bastilla? De pronto, antes de decidirse, y, como si obedeciese á algún aviso, volvióse y miró hacia atrás.

Tuve el suficiente tiempo para esconderme tras una puerta cochera. Paula no me vió. Segura, sin duda, de que nadie la seguía, tomó la dirección por el *boulevard*, hacia la Magdalena.

*
**

Su marcha incierta, su gesto, sus ojeadas hacia atrás, la especie de inquietud de que parecía ser presa, me dieron motivo para reflexionar.

—¿Tiene, pues, miedo de ser seguida?—preguntéme, y empecé á sentir celos; no me faltaba otra cosa. Quizás, mi caro amigo, os extrañe que no los hubiera sentido aún. Pero pensáis mal; no podía estarlo. La existencia de mi mujer, después de su casamiento, era de las más pacíficas; hacía poquísimas visitas y todas de cumplido, y no salía, como tengo dicho, sino con objeto de ver á su madre ó á su amiga.

¿Cómo, en estas condiciones, suponer infidelidad en una mujer y ser celoso? Cuando me rompía yo la cabeza buscando la causa de su comportamiento, alguna vez hube de preguntarme:—¿Tendrá algún amante?—Pero tuve que convenir conmigo mismo, que no podía tenerlo, á menos que no diese sus citas en nuestra casa ó en la de su madre, ó en la de la señora de Blangy, y estas tres suposiciones eran inadmisibles.

Llegada á la plaza de la Magdalena, Paula se dirigió hacia la iglesia; franqueó las verjas y pisó las gradas.—¿Qué

significa esto?—preguntéme.—¿Por qué viene á misa un día de trabajo, ella, que ni aún los domingos se acuerda de la Iglesia? ¿Es debido quizás á un exagerado celo piadoso á lo que debo atribuir mis penalidades? ¿Habrán infligido á mi mujer alguna penitencia de la que debo ser partícipe? ¿Seremos ambos á dos víctimas de uno de esos votos, pronunciados en un momento de locura? ¡Oh, si es así, tengo esperanzas: no se pronuncian votos para una eternidad, y éste no se apartará de la regla!

Al mismo instante, corté mis reflexiones y me lancé en dirección al mercado de la Magdalena. Una nueva idea vino á asaltarme: Paula entraba ó debía entrar en la iglesia para despistar á las personas que la pudiesen seguir, y salirse luego, por cualquiera de las puertas laterales.

¿Por qué me precipité hacia la derecha mejor que á la izquierda? Lo ignoro; pero sólo tuve motivos para felicitar-me por la elección. Apenas hube tenido tiempo para esconderme detrás de una de las barraquitas destinadas á la venta de flores, cuando columbré á mi mujer. Paula no había empleado más que el tiempo necesario para atravesar la nave de la iglesia, como quien atraviesa la plaza pública. ¡Y yo, triste de mí, que un momento la había clasificado como devota!

No había que hacerse ilusiones: iba á una cita. Buscaba para acudir á ella los más extraños caminos y siguió el suyo y yo el mío, á treinta pasos de ella, siempre alerta, para desvanecerme como una sombra, tan pronto mirase detrás. Los celos habíanme convertido en un experto agente de policía.

Ella seguía entretanto el boulevard de Capuchinos y caminaba velozmente. Por un momento, fui presa de un terror loco. ¡Si los paseantes que se cruzan en todos los sentidos, la ocultan á mis miradas! ¡Si la perdiese! Entonces, para que esto no pasase, corrí, corrí como un chicuelo, y encontréme á dos pasos de ella, resguardado por un obeso personaje, que me servía de muralla viviente.

En el boulevard de los Italianos, estuve á punto de perderla. Parecióme ver que se dirigía hacia la Chaussée d'Antin. Una rápi la ojeada lanzada de derecha á izquierda, me convenció de mi error; volví á cojer el boulevard y tuve la fortuna de divisarla, en el preciso momento que volvía la calle de Helder.

Mi posición se hacía peligrosa; la calle por donde Paula discurría, no es de las más transitadas; las aceras son estrechas, las cocheras están casi siempre cerradas, y son raras las tiendas.

Era muy difícil, por lo tanto, ocultarse en un momento dado, y cualquier imprudencia podía hacerme traición. No cometí, afortunadamente, ninguna, gracias á los instantos policiacos que se habían desenvuelto en mí de pronto, y que hubieran sido, de seguro, muy apreciados en la calle de Jerusalén. (1)

*
* *

En lugar de seguir á mi mujer á algunos pasos de distancia, como había hecho antes, ahora me contenté siguiéndola con los ojos, y emprendí nuevamente mi persecución cuando la ví cruzar la calle de Taibout. Entonces ya pude, sin peligro, emboscarme de nuevo en la sombra.

¿A dónde íbamos?

¿Dónde terminaría la excursión?

(1) Calle en que se halla instalada en un antiguo palacio la Prefectura de policía de París.

Al poco rato, algunos indicios me indicaron que se aproximaba el término de nuestra peregrinación. Paula parecía más inquieta, era su marcha menos regular y se volvía con frecuencia; no se sentía seguida, pero, sin duda, se decía que debía redoblar las precauciones. ¡Ah! mi caro amigo. ¡Qué carrera, qué persecución, qué caza, y, sobre todo, qué emociones!

En fin, después de haber tomado por la calle de Provenza, á la derecha, traspasado la de San Jorge, cruzado el boulevard de Lafayette, se metió en la calle de Laffitte, y la vi, de pronto, desaparecer tras una puerta cochera.

Me detuve. ¿Qué hacer? ¿Entrar á mi vez en la casa donde ella entró, alcanzarla en la escalera, reprocharla su conducta y tratarla como ella se merecía, obligándola á seguirme?

Pero entonces su secreto se me escapaba: se negaría confesar que era una cita á lo que acudía; apelaría á un pretexto cualquiera para explicar su presencia allí: «señas que la habían dado de una modista... entró en la Magdalena á orar... por casualidad se volvía á cada momento... sólo por gusto de pasear había dado la vuelta á casi todo Paris...» En fin; yo os aseguro que no le hubieran faltado excusas para probar su inocencia y quizás hubiera llegado á convencerme de ella. ¿Sería bueno dirigirme al portero? Debía conocerla: porque sin duda, no era la primera vez que Paula iba á aquella casa. Pero, ¿y si aquél le fuese fiel y no quisiera responderme por estar avisado de antemano?

Entonces se perdería todo; no tendría las pruebas de su perfidia; no conocería al hombre que me deshonoraba y no podría vengarme ni del uno, ni de la otra.

¡Vengarme! ¡Qué placer tras tanto sufrimiento! Ante este pensamiento, tomé la resolución de ser calmoso, paciente, frío. Resolví esperar.

¡Esperar! Esperar ante aquella puerta, ante aquella casa donde, estaba seguro, me engañaban, me hacían traición y

concedían á otro lo que á mí se me negó siempre! ¡Qué suplicio! Un coche vacío pasaba en aquel momento; hícele seña al cochero de detenerse en la esquina de la calle de Laffitte y de la Victoria, monté allí, subí los vidrios y clavé los ojos en la puerta de aquella casa.

Transcurrieron dos horas.

¡Dos horas!

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA HISTÓRICA
* * * * *
Año. 1620. MONTAÑANET, MEXICO

Salió por fin. Un velo espeso cubría su rostro, uno de esos velos de lana, que usan las mujeres malas. Detúvose en el umbral para echar una mirada á su alrededor, vaciló en lanzarse á la calle, pero tomando de repente su partido, se alejó vivamente hacia los boulevares.

Yo estuve algún rato en mi observatorio, quizás esperase al cómplice.

Pero nadie apareció, y mis sospechas no podían recaer sobre las personas que ví salir.

Descendí pues del carruaje, pagué y fuíme á mi casa. Paula estaba ya instalada en el salón.

—¿Cómo venís tan tarde?—preguntóme.

Estuve á punto de estallar, pero me contuve.

—¿Me esperáis hace mucho?—pregunté á mi vez.

—Hace mucho.

—Y ¿habéis quedado satisfecha de vuestro paseo?

—Muy satisfecha; ha hecho un día precioso. Lo he aprovechado y me he dado un hartazgo de pasear.

—¿Habéis visto á vuestra madre?

—No; había salido. Pero la veré esta tarde, si lo permitis.

—Sin duda.

Vinieron á anunciarnos la comida: ofreci el brazo á Paula, y pasamos al comedor.

XIII

No os extrañéis, amigo mío, de mi sangre fría y del imperio que ejercí sobre mí mismo aquel triste día. Era menos digno de lástima de lo que suponéis.

Sí, menos digno de lástima; por fin, ya no caminaba entre tinieblas, ya no estaba rodeado de misterios, y ya no tenía que buscar los motivos de su indiferencia. Tenía la solución del enigma que tanto tiempo burló mis deseos; ya no estaba en presencia de un esfinge, sino en presencia de mi mujer, hecha como todas, y pérfida como casi todas. Ahora no podía dudar: Paula se había, hasta entonces, sustraído á mis caricias porque tenía un amante.

¡Oh! esto era, sin duda, muy doloroso y yo sufría cruelmente, pero sabía, al menos, de qué naturaleza era mi enfermedad y conocía su nombre. Iba á conocer de una vez lo que me había reducido á la desesperación, al que había osado quitarme mi dicha, suplantando mis derechos y robándome un corazón que me pertenecía, guardándolo para él solo, sin concederme la más mínima participación.

¡Ah, miserable! Sin duda la había dicho:

«Consiento en que te cases, que lleves el nombre de

otro, pero seré yo, yo solo, tu verdadero marido. No tengas en cuenta ni su amor, ni sus derechos. Me amarás á mí solo.»

¡Sí; él debió decirle todo eso y arrancarle alguna solemne promesa, sin la cual, Paula hubiérase producido como todas las mujeres casadas que tienen un amante: engañándose con él, y engañándolo conmigo.

¿Pero él, quién era? Necesitaba verlo pronto, conocerlo... Necesitaba...

¡Ah, mi querido amigo! ¡Y cómo trabajó mi imaginación como jamás, hasta entonces, atormentada! ¡A qué delirios, y á qué venganzas me impulsaba! Os aseguro que mis compañeros de promoción no se hubieran atrevido, como otras veces, á burlarse de mi carácter pacífico. Los hubiera despedazado con mi inusitada ferocidad.

Y ¡ay de mí! Ni aquel día, ni el otro, tuve ocasión de ejercerla con nadie. Paula no salió.

Las citas, probablemente, no eran diarias. Los amores eran intermitentes. Yo estaba desolado y reducido á desesperarme ante la sabiduría... relativa de mi mujer.

En fin, el tercer día, después de almorzar, me insinuó sus deseos de pasear.

—¿Hacia qué lado pensáis dirigiros?—preguntéla.

—No lo sé aún... probablemente hacia donde me lleve la primera impresión... á visitar tiendas, de seguro.

—¿Deseáis que os acompañe?

Paula replicóme sin turbarse:

—Con el mayor placer; me pongo el sombrero y estoy á vuestras órdenes.

¡Qué habilidad, qué astucia en disipar mis sospechas! Si hubiese estado menos prevenido, hubiera podido creer que me equivocaba en sus proyectos.

Tuve que excusarme, pretextar cualquier negocio, para dejarla ir sola.

Esta vez no cometí la imprudencia de seguirla. ¡Demasiado sabía dónde iba!

Tomé, sí, un carruaje y me hice conducir al sitio donde ya estuve estacionado.

Hice mis cálculos, y tenía demasiado tiempo; antes que Paula llegara, debía transcurrir una hora, dadas las vueltas y revueltas de su correría.

Varios mozos de cuerda esperaban parroquianos en el ángulo de las calles de Laffite y de la Victoria. Llamé, desde el coche, al que más inteligente parecióme, y, por tanto, que más garantías podía ofrecerme.

—¿Queréis ganaros un luis?—dije á aquel hombre.

Un signo afirmativo fué la respuesta.

Continué:

—Debéis estar cerca del carruaje, como si hablaréis con el cochero. Cuando yo os toque el brazo, miraréis delante de vos y veréis una señora que entrará en aquella casa, esa de ahí, la tercera á la derecha. Dejaréis transcurrir algunos segundos, luego la seguiréis por la escalera y vendréis á decirme en qué piso entra. Es muy sencillo, como veis; sólo, que la persona en cuestión no debe advertir que es seguida. Tendréis, pues, cuidado de no deteneros donde ella, y de llevar cualquier papel en la mano, como si subieseis un recado á otro piso de la casa.

*
**

No tuve necesidad de repetir mis instrucciones; mi hombre estaba al tanto.

Al cuarto escaso, apareció Paula é hice la señal conveni-

da. El mozo interrumpió su conversación con el cochero, y, á los pocos momentos, penetró en la casa en que mi mujer entró poco antes.

A los cinco minutos, el mozo estaba junto á mí.

—¿Qué hay?—interrogué.

—Esa señora—respondióme—ha ido al segundo.

—¿De qué lado?

—Subiendo, á la derecha; unas habitaciones pequeñas que dan al patio.

—¿Quién ha abierto?

—Nadie; antes de llegar ha sacado de su portamonedas una llavecita y...

Este último detalle cambió mis suposiciones en certidumbre.

—¡Está bien!—dijele al mozo, entregándole el luis; convenido, y añadiendo, para tenérmele propicio.—Puede que tenga necesidad de vos al mismo precio.

Aquel día, mi mujer abrevió su visita y, por consiguiente, mi facción. Sin duda, no quería abusar.

Cuando la ví desaparecer, bajé del carruaje y fuíme hacia la casa de marras.

Para entrar en relaciones con los porteros apelé á un recurso de los más vulgares, pero de éxito casi siempre.

—¿Tenéis habitaciones para alquilar?—pregunté á una mujer que estaba en la portería.

—Sí, señor; en el cuarto piso. Tenemos también un segundo.

—¿Un segundo? Ese me conviene más. ¿Con vistas á la calle ó al patio?

—A la calle; es un cuarto de cinco mil francos.

—Un piso pequeño entonces—dije yo con aplomo.

La portera, que hasta entonces habia estado sentada, levantóse. Un sujeto, que lejos de espantarse ante cinco mil francos, le parece poco precio, es digno de cualquier consideración.

—Sin duda, caballero—dijo respetuosamente—el piso

no es inmenso, los hay más hermosos, sobre todo en los barrios modernos, pero tiene cuatro dormitorios.

—¡Tengo desgracia!—exclamé haciendo despacio mi combinación.—Necesito cinco.

—Hay un saloncito que puede transformarse en dormitorio. ¿Quiere el señor ver el piso?

—Veamos.

Como suponía, según las noticias del mozo de cordel, dos puertas daban acceso en el descansillo al segundo piso. Una grande, de dos hojas, la del piso que iba á ver, á la izquierda; otra pequeña, con cerradura de cobre, á la derecha.

*
* *

Seguí á la portera y recorrí minuciosamente todas las piezas que me mostró.

Terminada mi inspección:

—Este cuarto,—dijele—me conviene por muchas razones. Está bien situado y ventilado. Sin mi hijo, de seguro me lo quedaba.

Me permitía el lujo de atribuirme un hijo, yo, que no tenía mujer.

—¿Acaso el hijo del señor—respondió la portera intrigada por mis palabras—no se encontrará bien aquí?

—Le molestará de estar bajo mi absoluta dependencia y no tener su departamento independiente. Ya es mozo, vive con nosotros, concediéndosele alguna libertad

Si hubiese, por ejemplo, en este mismo piso, un cuartito de dos ó tres piezas, nada habría ya que pedir. Desgraciadamente, no los habrá en esta casa.

—Perdonadme, señor—replicó la portera;—tenemos, en todos los pisos, cuartos como el que se trata, y cuyo precio varía de ochocientos á mil doscientos francos; pero no hay ahora ninguno desocupado.

—¡Qué lástima! El ser fronterizas ambas habitaciones es cosa que me hubiese convenido mucho. Buscaba, hace tiempo, cosa semejante.

Como veis, representaba yo mi papel á las mil maravillas, tanto, que la portera, como yo esperaba, díjome:

—Creo que podrá arreglarse. El propietario desea alquilar la habitación cara, y si le conviene al señor, y el señor necesita indispensablemente el cuarto de la derecha, se despedirá al actual inquilino.

—¡Cómo! ¿Creéis que por un recién llegado se echará á un inquilino que quizás habite la casa hace años?

—No, señor; la persona que lo tiene viene habitando el cuarto hace sólo dos meses.

—¡Ah, dos meses! Es igual, tendrá sus comodidades, sus hábitos...

—Bien poco, por cierto. Vive en el campo, según parece, y ha alquilado esta habitación como parador. Sólo está aquí algunas horas, las dos ó tres veces que viene por semana.

—Será, sin duda, algún hijo de familia—dije sonriendo—y este será el lugar de sus citas.

—Estáis equivocado, caballero, es una señora.

¡Una señora! Quedé sorprendido. ¡Mi mujer había tenido el valor de alquilar por su mano aquella habitación, para recibir allí á su amante! Y no pude ni aun pensar que, impulsada por la pasión, había consentido en acudir á la casa de su amante, sucumbiendo por grados, como sucumben casi todas las mujeres. No; ella mismo habíase prepa-

rado la caída; era el actor que prepara un desenlace y poseía, como Margarita de Borgoña, su torre de Nesle!

La portera añadió:

—Si el señor lo desea, veré mañana al propietario y estoy segura que se arreglará el negocio.

—Es cosa que me agrada—respondí—pero antes quisiera echar una ojeada por la habitación de mi hijo. No quisiera comprometerme sin ver antes su distribución.

—No hay dificultad tampoco; soy la encargada de la limpieza de ese cuarto, y, por lo tanto, tengo un llavín. Cuando el señor quiera...

—Hoy mismo,—le interrumpí—tengo tiempo.

—Hoy es imposible: la señora está en París. La he visto subir.

—¿Y aún no ha salido?

—No lo creo.

Decididamente la portera cumplía pésimamente su cometido. La inquilina del segundo había salido hacia una hora. Mi mujer había tenido mano de santo escogiendo aquella casa. No quise, sin embargo, insistir sobre el asunto.

—¿Y mañana—dije—podré ver ese cuarto?

—No habrá inconveniente; la señora nunca viene dos días seguidos á París.

—Hasta mañana, pues; y como espero ser pronto vuestro inquilino, tomad esta moneda á cuenta.

Quería hacerme un aliado de aquella mujer.